DE POR QUÉ NO SE PUEDE TRADUCIR EN FEMENINO

Mª CARMEN ÁFRICA VIDAL CLARAMONTE

Universidad de Salamanca

En el umbral del tercer milenio, hablar de la liberación de la mujer es ya casi un tópico. La situación de las mujeres a finales de este siglo es, evidentemente, mucho mejor que hace años,[1] gracias a las luchas feministas que en todos los ámbitos de la vida han venido actuando —a veces de forma radical— especialmente a lo largo del presente siglo, aunque cabría recordar a otras muchas mujeres que, incluso con su propia vida contribuyeron con anterioridad a que los cambios acaecidos en el siglo XX fueran posibles (Mary Wollstonecraft, Olympia de Gouges, la *Primera Convención sobre los derechos de la Mujer* en Seneca Falls en 1848 o la fundación de la *National Women Suffrage Association* en 1868).[2]

Sin querer extenderme en este punto de las luchas feministas, pues no es éste ni el momento ni el lugar y porque, además, es algo ya bastante conocido por todos y bien documentado en una ingente bibliografía, diré que esos cambios sociales se han manifestado en todos los ámbitos de la vida, entre ellos la literatura (donde algunas estudiosas como Elaine Showalter han querido hacer una historia de la literatura exclusivamente de mujeres), la filosofía, la historia, el arte y un largo etcétera. En todos esos campos de las humanidades se ha intentado ir poco a poco recuperando a las mujeres que quedaron eclipsadas por la obra de los varones. Se ha elaborado un arte, una literatura, una historia alejadas de lo que Audre Lorde ha llamado la "norma mítica" (la del varón blanco occidental joven, heterosexual y bien situado económica y socialmente). En suma, el feminismo ha conseguido que la mujer deje de ser una presencia estética para convertirse en un agente social; ha puesto en litigio las normas tradicionales y ha socavado, así, el falogocentrismo.

A esta situación ha contribuido, evidentemente, el ambiente cultural de la segunda mitad del siglo XX. En efecto, con el paso del Estructuralismo al Post-estructuralismo se produjeron muchos cambios en la forma de concebir conceptos tan importantes para las

[1] No obstante, es obvio que todavía queda mucho por hacer: "Como señala la eurodiputada Antoinette Fouque, en referencia a los datos expuestos en la Cumbre Social de Copenhague, el 70% de los más pobres en el mundo son mujeres. En Europa la proporción es la misma. La pobreza se feminiza; incorporadas masivamente en el mundo del trabajo, las mujeres ocupan sobre todo empleos precarios o a un tiempo parcial y representan el 55% de los parados de larga duración y un 90% de los cabezas de familia monoparentales. Las mujeres son, pues, las excluidas entre los excluidos. Un largo camino que requiere de acciones políticas, globales y consensuadas". Rosa María Rodríguez Magda, "Introducción. El umbral de un nuevo milenio", en Román Álvarez y Wendy Stokes (eds.): *La mujer ante el Tercer Milenio: arte, literatura, transformaciones sociales*, Salamanca-Valencia, Plaza Universitaria-The British Council-Fundación Valencia III Milenio-UNESCO, 1997, p. 14.

[2] Véase Rosa María Rodríguez Magda, "Mujer y transmodernidad", en Román Álvarez (ed.): *La presencia ausente: perspectivas interdisciplinares de la posmodernidad*, Cáceres, Universidad de Extremadura, 1994, pp. 41-60.

Lengua y Cultura. VIDAL CLARAMONTE, Mª Carmen África. De por qué no se puede tra...
Centro Virtual Cervantes

Humanidades (aunque también para las Ciencias) como los de Sujeto, Verdad, Representación, Progreso, Lenguaje, Epistemología, y otros muchos. Aparecen nociones nuevas como las de pensamiento "débil", que explica Vattimo; la filosofía "anormal" de Rorty; la muerte de los grandes relatos de Lyotard; los juegos del lenguaje de Wittgenstein, la escritura del desastre de Blanchot; la muerte del autor de Barthes y la pregunta sobre el mismo de Foucault; la cultura como simulacro de Baudrillard; la era del vacío de Lipovestky; la literatura exhausta de Barth; la parataxis de Barthelme; la cultura de la queja de Hughes; la tentación de la inocencia de Bruckner.

Podríamos seguir, pero todos estos nombres, tan distintos entre sí, nos dan una idea de cómo han cambiado las cosas, de cómo se ha ido configurando un ambiente de apertura, heterogeneidad, multiplicidad y antijerarquía. La teoría de la traducción no podía permanecer ajena a estas metamorfosis. Y, así, como ya es de sobra conocido, durante la segunda mitad del presente siglo se pasó de la definición de Catford de la traducción como una actividad cuyo fin último debía ser encontrar la equivalencia absoluta a la definición de Toury, según la cual traducción es cualquier cosa que la cultura receptora considere traducción; y, si queremos ir todavía más lejos, podríamos mencionar la teoría de la "radical translation" de Quine o el concepto de "transformación" —que no de traducción— de Derrida.

Éste es el ambiente, pues, que a finales de los setenta y principios de los ochenta encontraron una serie de teóricas feministas canadienses en un país especialmente sensibilizado con los problemas de traducción por la situación política, social y cultural de Canadá. Tomando como punto de partida el post-estructuralismo, surgieron una serie de traductoras como Susanne de Lotbiniére-Harwood, Barbara Godard, Suzanne Jill Levine, Carol Maier y otras, que se negaban a seguir viviendo una doble marginalidad, la de ser mujer y además dedicarse a una actividad largamente considerada secundaria.[3] Para ello, desean acabar con un lenguaje sexista y con la larga lista de conceptos que relegan a la mujer y a la traducción tanto en el ámbito social como en el literario: las traducciones ya no son las bellas infieles (que, como la mujer, debían ser o bellas o fieles) ni tampoco traducir es una actividad pasiva (entendida tradicionalmente como un simple modo de transmisión equivalente) que contrasta con la actividad creadora del texto original.

Todo lo contrario. En sintonía con las teorías hermenéuticas de la traducción (me estoy refiriendo a un Gadamer, por ejemplo) y post-estructuralistas (concretamente derrideanas), las feministas canadienses aseguran que la traductora debe ser creadora, dado que las oposiciones binarias y jerárquicas entre original/traducción, bueno/malo, primario/secundario, etc., deben desaparecer. La traductora reescribe, manipula, interviene en el

[3] Véanse los siguientes libros y artículos: Susanne De Lotbinière-Harwood: *Re-belle et Infidèle. La traduction comme pratique de réécriture au féminin. The Body Bilingual. Translation as a Rewriting in the Feminine*, Montreal, Women's Press-les éditions du remue-ménage, 1991; Barbara Godard: "Translating and Sexual Difference", *Resources for Feminist Research* (1984), 13, 3, pp. 13-16; Barbara Godard: "Translating (With) the Speculum", *Traduction, Terminologie, Rédaction* (1991), 4, 2, pp. 85-121; David Homel y Sherry Simon (eds): *Mapping Literature. The Art and Politics of Translation*, Montreal, Véhicule, 1988; Suzanne Jill Levine: "Translation as (Sub)Version: On Translating Infante's *Inferno*", *Sub-stance* (1983), 42, pp. 85-94; I. Nikolaidou y M. López Villalba: "*Ré-belle et infidèle* o el papel de la traductora", en Esther Morillas y Juan Pablo Arias (eds.): *El papel del traductor*, Salamanca, Colegio de España, 1997; Sherry Simon: *Gender in Translation. Cultural Identity and the Politics of Transmission*, Londres, Routledge, 1996; Luise von Flotow: "Feminist Translation: Contexts, Practices and Theories", *Traduction, Terminologie, Rédaction* (1991), 4, 2, pp. 69-84.

Lengua y Cultura. VIDAL CLARAMONTE, Mª Carmen África. De por qué no se puede tra...
Centro Virtual Cervantes

texto, con el fin de cambiar determinadas expresiones machistas o de dominación en general. Como dice Lotbinière-Harwood, el yo que traduce no es neutral, nunca lo ha sido, es en cambio un cuerpo sexuado. Para estas teóricas y traductoras, traducir es una actividad política que se tiene que utilizar para resexualizar el lenguaje, para luchar contra la opresión, para defender unas determinadas ideas políticas. La traductora deja de estar sometida al Autor; tiene, en cambio, autonomía gnoseológica y se la reconoce como agente político y social de cambio.

Según Barbara Godard, la traducción es un proceso de *transformación*, entendiendo este término como construcción de significados. Traducir no es re-producir sino producir activamente, y así la diferencia se torna en las traducciones feministas en un concepto positivo. La traducción feminista es, comenta Barbara Godard, la diferencia a pesar de la similitud. La traductora feminista debe afirmar su diferencia crítica, se muestra encantada por las interminables relecturas y reescrituras de los textos y por su manipulación. Lo que Godard llama "*Womanhandling* the text" significa que la traductora se convierte en participante activa en la creación de significado.

El resultado práctico de todo esto es que, descarada y conscientemente, se cambian aquellas frases del texto original que no responden a la ideología de la traductora: así, Suzanne Jill Levine, en su traducción al inglés de *La habana para un infante difunto* de Guillermo Cabrera Infante, traduce "*no one man can rape a woman*" por "*no wee man can rape a woman*" o "fin de siglo" por "*gay nineties*". Por su parte, Lotbinière-Harwood, al traducir *Lettres d'une autre* de Lise Gauvin transforma "*la victoire de l'homme*" en "*our victory*", manipula la tipografía para obtener frases del tipo "*from one to one from the other to the other*" o entrecomilla aquello con lo que no está de acuerdo, como en la frase en que hay una referencia a las mujeres como "masters *of the kitchen*".

El problema con este tipo de traducciones tiene que ver con otro que concierne a la teoría feminista en general. Se trata de la concepción del Sujeto, de la identidad, una cuestión que ha traído de cabeza a la filosofía durante este siglo. Con el advenimiento del posmodernismo, la muerte del autor a manos de Barthes y Foucault, la deslegitimación de los grandes relatos lyotardianos y del pensamiento fuerte tradicional o con el triunfo del principio de indeterminación de la Física y su influencia en la epistemología, se llegó a negar la existencia de un Sujeto fuerte y con mayúsculas. El feminismo, los feminismos diríamos mejor, tuvieron reacciones diferentes. Sin querer extenderme en este punto diré someramente que, por un lado, el feminismo esencialista no estaba dispuesto a asumir la muerte de un sujeto, el femenino, al que ni siquiera se le había dado la oportunidad de existir; por otro, el feminismo que podría denominarse posmoderno o post-estructuralista, aceptaba la crisis del sujeto que se proponía en diversos campos del saber en tanto en cuanto consideraban que insistir en un Sujeto fuerte, aun siendo éste femenino, significaba caer de nuevo en todos los errores de autoritarismo, jerarquización y oposiciones binarias que tanto habían criticado a la cultura falogocéntrica.[4]

Lo curioso es que las traductoras feministas a las que me he estado refiriendo parten explícitamente de la teoría post-estructuralista para justificar su modo de actuación. Es

[4] Cf. Teresa Gómez Reus y Mª Carmen África Vidal (eds.): *Abanicos ex-céntricos. Ensayos sobre la mujer en la literatura posmoderna*, Alicante-Salamanca, Universidad de Alicante-Anglo-American Studies, 1995.

Lengua y Cultura. VIDAL CLARAMONTE, Mª Carmen África. De por qué no se puede tra...
Centro Virtual Cervantes

decir, parten de unas teorías que asumen la muerte del *yo* y, al mismo tiempo, exigen una identidad femenina fuerte que se transforma en cocreadora, co-autora del texto. En este sentido, cabe recordar a Rosemary Arrojo,[5] una de las autoras que mejor ha sabido construir una crítica contra las teóricas canadienses. Arrojo ataca, por ejemplo, un conocido artículo de Lori Chamberlain porque en él la autora adopta una actitud claramente sesgada y partidista. Chamberlain considera que la manipulación de los textos durante el proceso de la traducción es perfectamente justificable si la traducción la hace una mujer (se trata entonces de una actividad subversiva y política) mientras que si es un varón su actuación se considera violenta y una lucha por el poder.

Algunas de estas traductoras, por ejemplo Levine, justifican sus actuaciones porque han hablado con el autor o autora del texto y éstos se han mostrado de acuerdo con la traducción. En otras ocasiones es sencillo porque los textos que eligen para traducir son textos experimentales o textos cuya ideología está muy próxima a la de la traductora. Pero, ¿qué ocurre cuando esto no es así? ¿Es ético entonces deformar el texto para adaptarlo a nuestra ideología? La respuesta de algunas teóricas de la traducción sería positiva, en tanto se considera que traducir es una actividad a través de la cual se puede y se debe reivindicar todo cuanto se ha negado a las mujeres durante demasiado tiempo.

Es más que evidente que no se puede volver a la vieja noción de equivalencia. Queda más que claro que los avances que se han logrado gracias al post-estructuralismo no pueden sino continuar. Se ha conseguido que el traductor tenga un estatus muy importante, que deje de ser invisible, como diría Venuti; se ha eliminado la distancia entre original y traducción; se acepta ya, por fin, que la traducción, como toda reescritura —para decirlo con Lefevere— es un acto de manipulación y que traducir es una acción comunicativa intercultural. Pero todo ello no justifica ciertas actuaciones. Como dice Sherry Simon, hay que volver a evaluar la dialéctica entre texto y traductor; tenemos que analizar cómo se da el movimiento entre lectura y reescritura, entre recepción y apropiación, para poder configurarlo de nuevo y evitar así la imposición de la violencia de la subjetividad. Se necesita, pues, una versión del sujeto femenino que no reintroduzca nuevas dicotomías. Como mujeres, no podemos caer en la muerte del sujeto posmoderno pero tampoco en la creación de un sujeto logocéntrico como el que tanto hemos criticado a los varones. El texto es un lugar para la interpretación pero debemos evitar que lo sea para lo que Umberto Eco llama sobreinterpretación. Es cierto que la traducción es un reflejo de las relaciones de poder presentes en la sociedad, pero no podemos ceder a la tentación de convertirnos en centros de poder. La pregunta clave sigue siendo la que plantea Linda Alcoff: cómo fundamentar un feminismo político que al mismo tiempo desconstruya el sujeto-mujer. Es necesario desmantelar la naturaleza supuestamente universal de algunos conceptos del logocentrismo (sujeto, ciencia, historia, progreso, lenguaje representación) pero sin las pretensiones autonómicas del conocimiento. Tenemos que asegurar la presencia del genérico mujer, en tanto las preguntas sobre "¿Quién traduce?" y "¿Para quién se traduce?" son fundamentales. Pero no podemos quedar abocadas a un esencialismo y quedar recluidas en una diferencia que, sin querer, nos autoexcluiría en un margen admitido.

[5] Véase "Fidelity and the Gendered Translation", *Traduction, Terminologie, Rédaction* (1994), 7, 2; también "The *Death* of the Author and the Limits of the Translator's Visibility", en Mary Snell-Hornby, Zuzana Jettmarová y Klaus Kaindl (eds.): *Translation as Intercultural Communication. Selected Papers from the EST Congress-Prague 1995*, Amsterdam, John Benjamins, 1997.

Lengua y Cultura. VIDAL CLARAMONTE, Mª Carmen África. De por qué no se puede tra...
Centro Virtual Cervantes